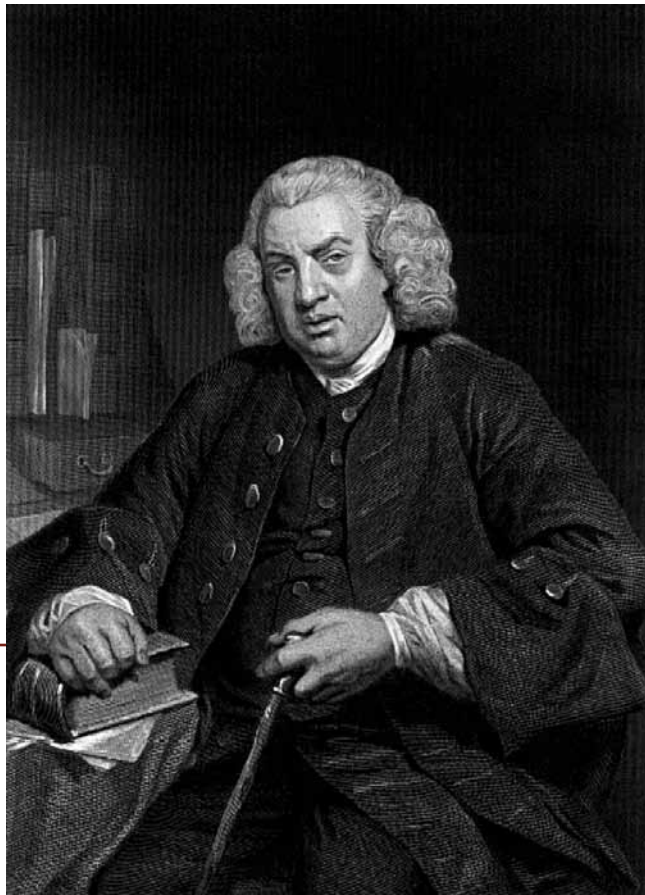


La visión que el buitre tiene del hombre

Samuel Johnson

Traducción de Diego García Sierra



Muchos naturalistas opinan que los animales, a los que comúnmente consideramos mudos, tienen la capacidad de comunicar sus pensamientos entre ellos. Es cierto que pueden expresar sensaciones generales, pues todo ser que pueda emitir sonidos tiene voces diferentes para el placer y para el dolor. El sabueso les informa a sus compañeros cuando huele a su presa; la gallina, con su cacareo, llama a comer a sus polluelos y los aleja del peligro con un chillido.

Las aves poseen una enorme variedad de notas; ellas disponen, por cierto, de una variedad tal que parece casi suficiente para elaborar un lenguaje adecuado para los propósitos de una vida que está regulada por el instinto y puede admitir poco cambio o mejoría. La curiosidad o la superstición han estado siempre atentas al canto de los pájaros; muchos han estudiado el lenguaje de estas especies plumosas, y algunos se jactan de entenderlo.

Los más habilidosos o confiados intérpretes de los diálogos silvestres se han hallado usualmente entre los filósofos del Este, en un país donde la calma del aire y la bondad de las estaciones le permiten al aprendiz pasar gran parte del año entre arboledas y enramadas. Pero lo que puede hacerse en un lugar gracias a circunstancias particulares puede lograrse en otro por una dedicación especial. Un pastor de Bohemia ha logrado, a fuerza de permanecer mucho tiempo en los bosques, entender la voz de las aves; al menos narra con gran convicción una historia cuya credibilidad se deja a consideración de los sabios.

—Mientras estaba sentado —dice— sobre una roca cóncava cuidando a mis ovejas que pastaban en el valle, escuché a dos buitres intercambiar trinos en la cima del peñasco. Ambas voces eran serias y reflexivas. Mi curiosidad primó sobre mi responsabilidad de cuidar al rebaño; trepé lenta y

silenciosamente de peñasco en peñasco, escondido entre los arbustos, hasta que encontré una cueva donde me podía sentar y escuchar sin molestar ni ser molestado.

Pronto comprendí que mi esfuerzo estaría bien recompensado, pues una buitre adulta se hallaba en una prominencia despejada, rodeada de sus polluelos, a quienes instruía en las artes de la vida de un buitre, y los preparaba, mediante una última lección, para su partida final hacia las montañas y los cielos.

—Hijos míos —dijo la buitre adulta—, lo que menos necesitan ahora son mis instrucciones, pues ya han tenido mi práctica frente a sus ojos; me han visto arrebatar las aves de corral de las granjas y atrapar al lebrato en el arbusto y al cabrito en la pradera; ya saben cómo afilar sus garras y cómo balancear su vuelo cuando llevan a su presa. Pero además recuerdan el sabor de una comida deliciosa, pues con frecuencia les he ofrecido la carne del hombre.

—Cuéntanos —dijeron los jóvenes buitres— dónde se puede encontrar al hombre y cómo puede ser reconocido; su carne es en verdad la comida natural del buitre. ¿Por qué nunca has traído a un hombre entre tus garras hasta nuestro nido?

—Es demasiado grande —dijo la madre—; cuando encontramos a un hombre, sólo podemos arrancar su carne y dejar sus huesos sobre el suelo.

—Si el hombre es tan grande —preguntaron los jóvenes—, ¿cómo logras matarlo? Les temes al lobo y al oso, pero ¿por cuál poder son los buitres superiores al hombre? ¿Es el hombre más indefenso que una oveja?

—No tenemos la fortaleza del hombre —respondió la madre—, y a veces dudo si tenemos su misma astucia. Los buitres disfrutamos de su carne con frecuencia, gracias a que la naturaleza, que lo destinó para nuestro uso, le infundió una extraña ferocidad, que nunca he visto en ningún otro ser que se alimente sobre la tierra. A menudo ocurre que dos manadas de hombres se encuentran, estremecen la tierra con ruidos y llenan el aire de fuego. Cuando escuchen bullicio y vean fuego, con destellos por todas partes, acudan al lugar con su más veloz vuelo, pues sin duda los hombres estarán destruyéndose unos a otros. Encontrarán entonces el suelo teñido de sangre y cubierto de cadáveres, muchos de los cuales estarán desmembrados y destrozados para conveniencia de los buitres.

—Pero una vez los hombres han matado a su presa —dijeron los pupilos—, ¿por qué no se la comen? Cuando un lobo mata a una oveja, lucha para que los buitres no la toquen hasta que él haya quedado satisfecho. ¿El hombre no es otro tipo de lobo?

—El hombre —dijo la madre— es la única bestia que

no devora lo que mata, y esta particularidad lo convierte en un gran benefactor para nuestra especie.

—Si los hombres matan a nuestras presas y nos las dejan en el camino —dijo uno de los jóvenes— ¿por qué necesitamos esforzarnos tanto?

astuta de la montaña. Cuando yo era joven, solía frecuentar el nido de un viejo buitre que vivía entre las rocas de los Cárpatos. Él había hecho muchas observaciones y conocía los lugares ricos en comida alrededor de su morada, en todas las direcciones hasta donde

que revolotean más cerca de ellos consideran que en cada manada hay uno que da instrucciones al resto y que parece sentirse sumamente complacido con una gran matanza. No sabemos qué es lo que le otorga tal preeminencia; es con frecuencia el más grande o el



—No tenemos la fortaleza del hombre —respondió la madre—, y a veces dudo si tenemos su misma astucia. Los buitres disfrutamos de su carne con frecuencia, gracias a que la naturaleza, que lo destinó para nuestro uso, le infundió una extraña ferocidad, que nunca he visto en ningún otro ser que se alimente sobre la tierra.

—Porque a veces el hombre —contestó la madre— se queda por un largo tiempo en su guarida. Los buitres mayores les dirán cuándo deben estar atentos a sus movimientos. Cuando vean a muchos hombres acercarse a otros tantos, como una manada de cigüeñas, pueden concluir que están cazando y que pronto ustedes se deleitarán con sangre humana.

—Pero aún quisiera entender —replicó el joven buitre— la razón de esta mutua masacre. Yo nunca mataría lo que no me voy a comer.

—Hijo mío —dijo la madre—, ésa es una pregunta que yo no puedo responder, aunque soy conocida como el ave más

se pueda llegar con un vuelo vigoroso entre el levante y el poniente de verano; año tras año se había alimentado de las vísceras del hombre. Opinaba que los hombres sólo tienen la apariencia de la vida animal, pero que realmente son vegetales con poder de movimiento, y así como las ramas del roble se protegen de la tormenta, o el cerdo se alimenta de las bellotas caídas, así los hombres, por algún poder incontrolable, están orientados unos en contra de los otros, hasta que pierden su movimiento y los buitres se pueden alimentar. Otros creen haber observado algo de artimaña y política entre estos seres maliciosos, y aquellos

más veloz, pero por su afán y su presteza parece, más que cualquiera de los otros, que es amigo de los buitres. ¹

Diego García Sierra (Colombia)

Editor y traductor. Ganador de la Beca Nacional de Traducción Literaria Ministerio de Cultura, 2010, con la traducción de *Historia de Rasselas, príncipe de Abisimia*, de Samuel Johnson.

Notas

¹ Este es uno de los muchos artículos breves que Samuel Johnson escribió para el semanario *The Idler* entre 1758 y 1760. En algunos de estos textos el autor busca denunciar la inhumanidad del hombre, motivado especialmente por las atrocidades de la Guerra de los Siete Años (1756-1763). N. del T. Samuel Johnson. *The Major Works*. Nueva York: Oxford University Press, pp. 282-284.